

Nº 19

1 AGOSTO
1926

PÁGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

El Día Gráfico.



LOS GRANDES CUADROS
DE LOS MUSEOS ESPAÑOLES.

"Familia", cuadro de Joaquín
Sunyer, en el M. de Barcelona.



Las Ruinas de Ampurias



I



II



III

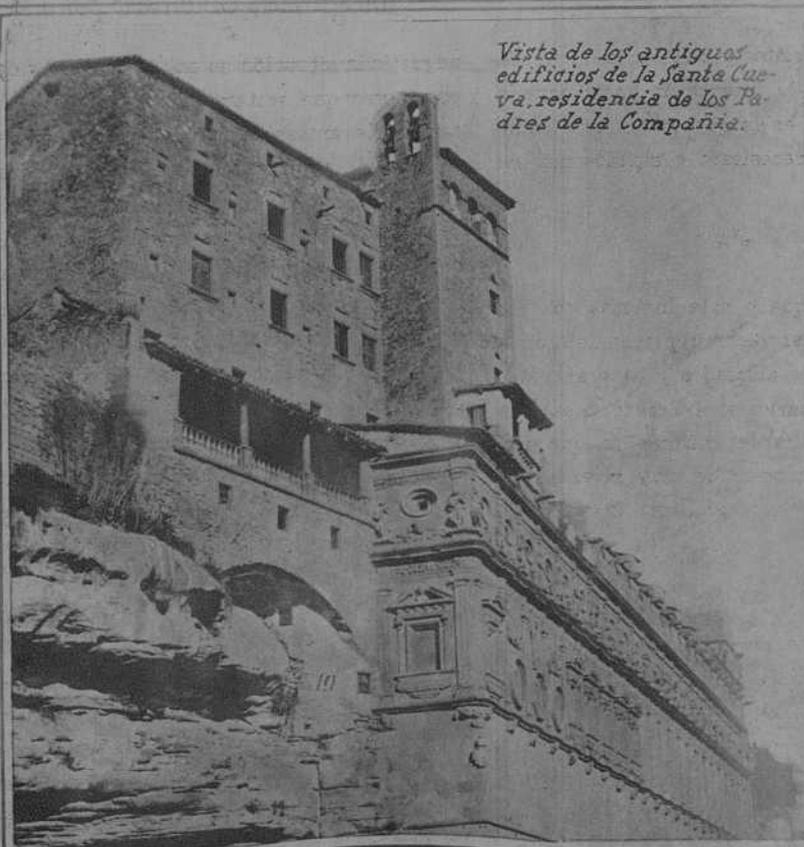


IV

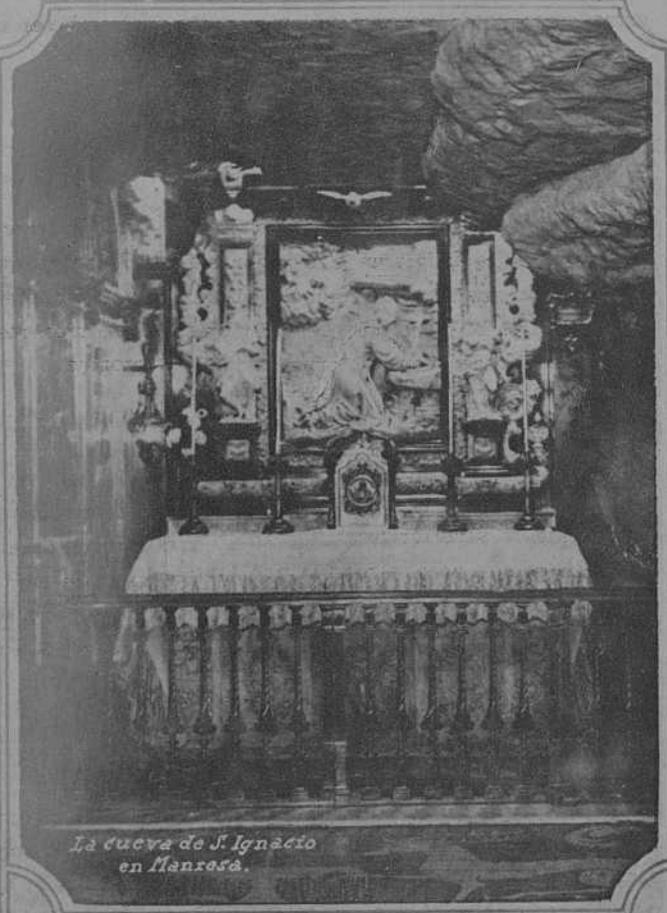
(Foto Ferrer)

I.- Vista de las excavaciones en la ciudad griega.
 II.- Cisternas en la ciudad griega.
 III.- Algún rincón de Ampurias, tiene toda la semejanza de una perspectiva pompeyana.
 IV.- San Martín de Ampurias, donde primero se establecieron los griegos.

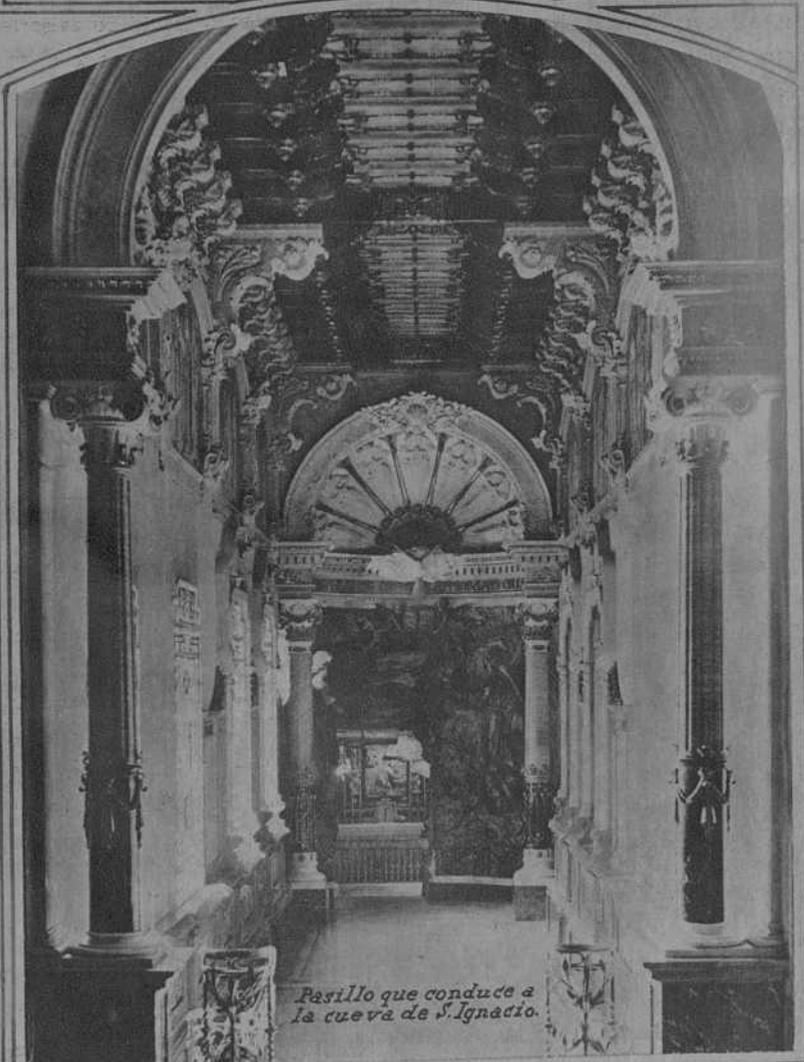
La cueva de San Ignacio de Loyola en Manresa.



Vista de los antiguos edificios de la Santa Cueva, residencia de los Padres de la Compañía.



La cueva de S. Ignacio en Manresa.

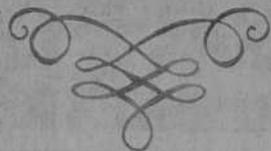


Pasillo que conduce a la cueva de S. Ignacio.



Cuadro representando a S. Ignacio enfermo, en casa de Amigant.

Manresa celebró ayer, día 31, la fiesta del fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola, que en Manresa vivió y fortificó su alma, para realizar la obra que le dió la santidad.

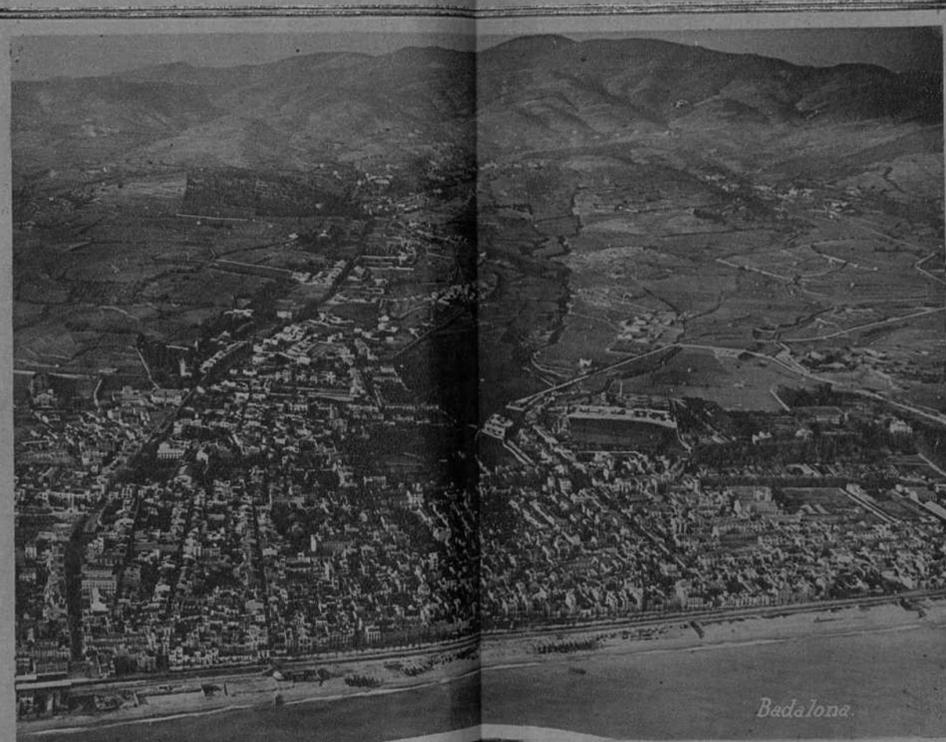


La Costa de Levante vista desde avión.

(Fotografías obtenidas por J. Gaspar, desde un avión de la compañía Latécoère).



Desembocadura del Río Besòs.



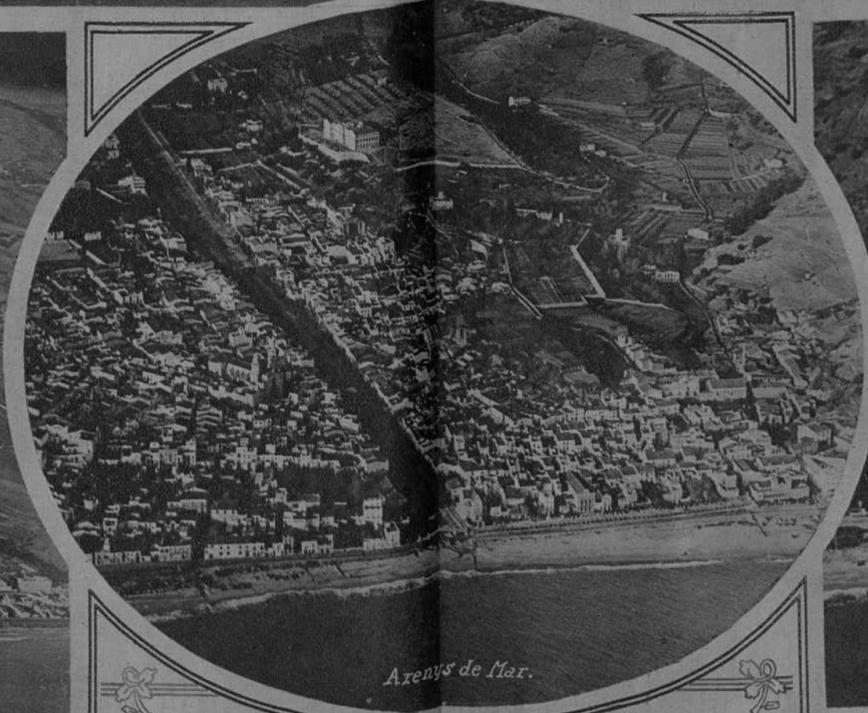
Badalona.



Canet de Mar.



Mongat.

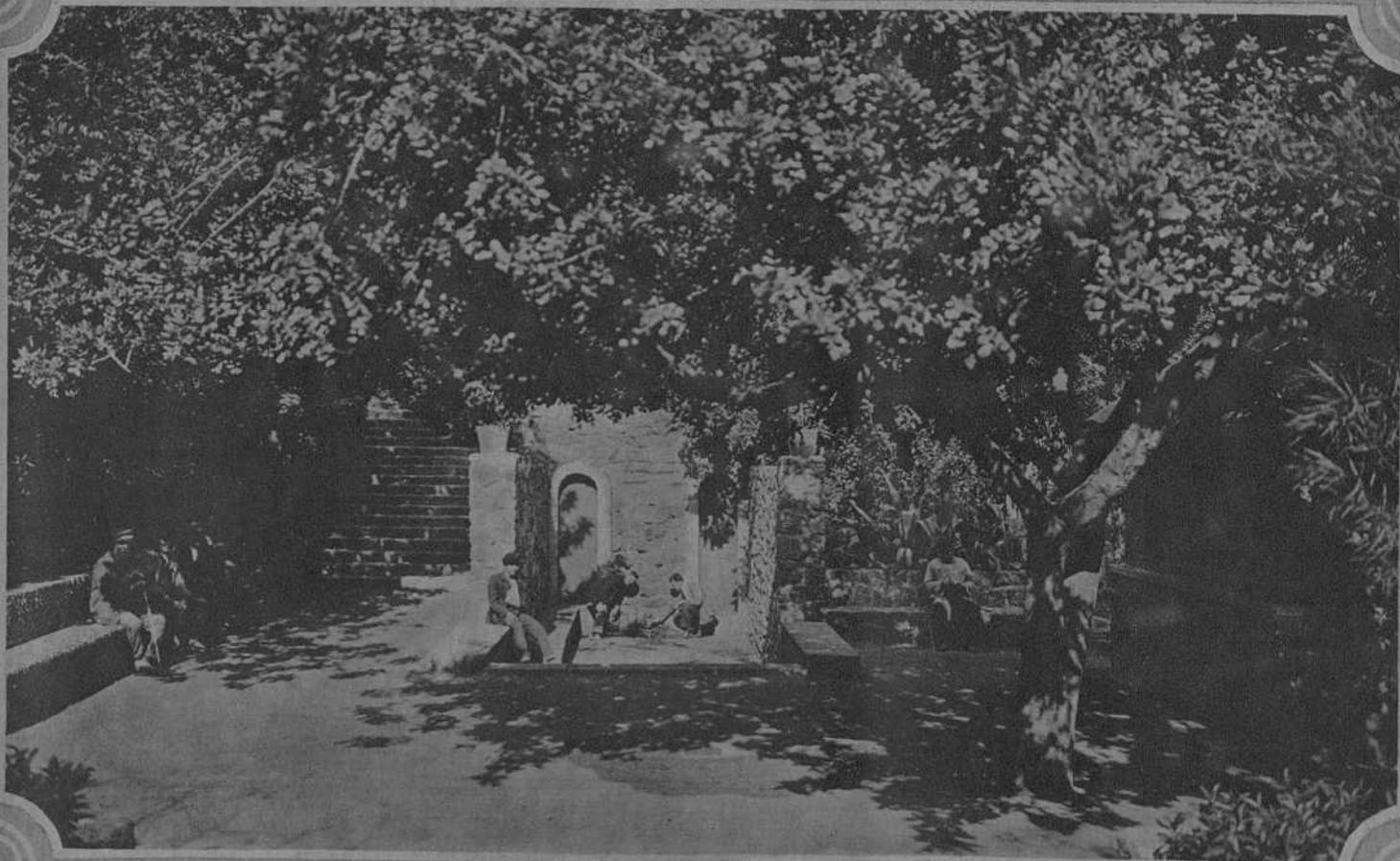


Arenys de Mar.

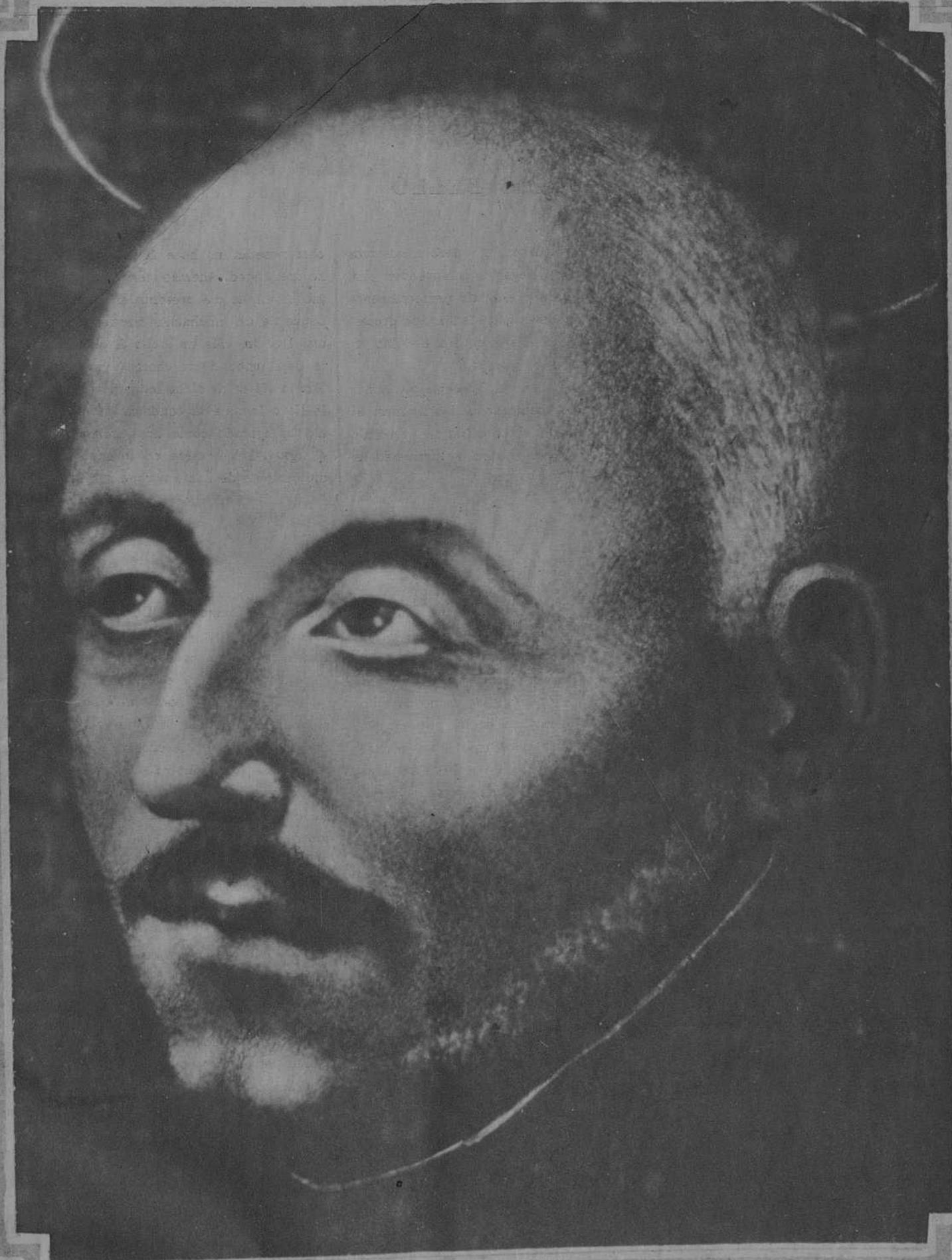


Caldeas.

El parque del Guinardó.

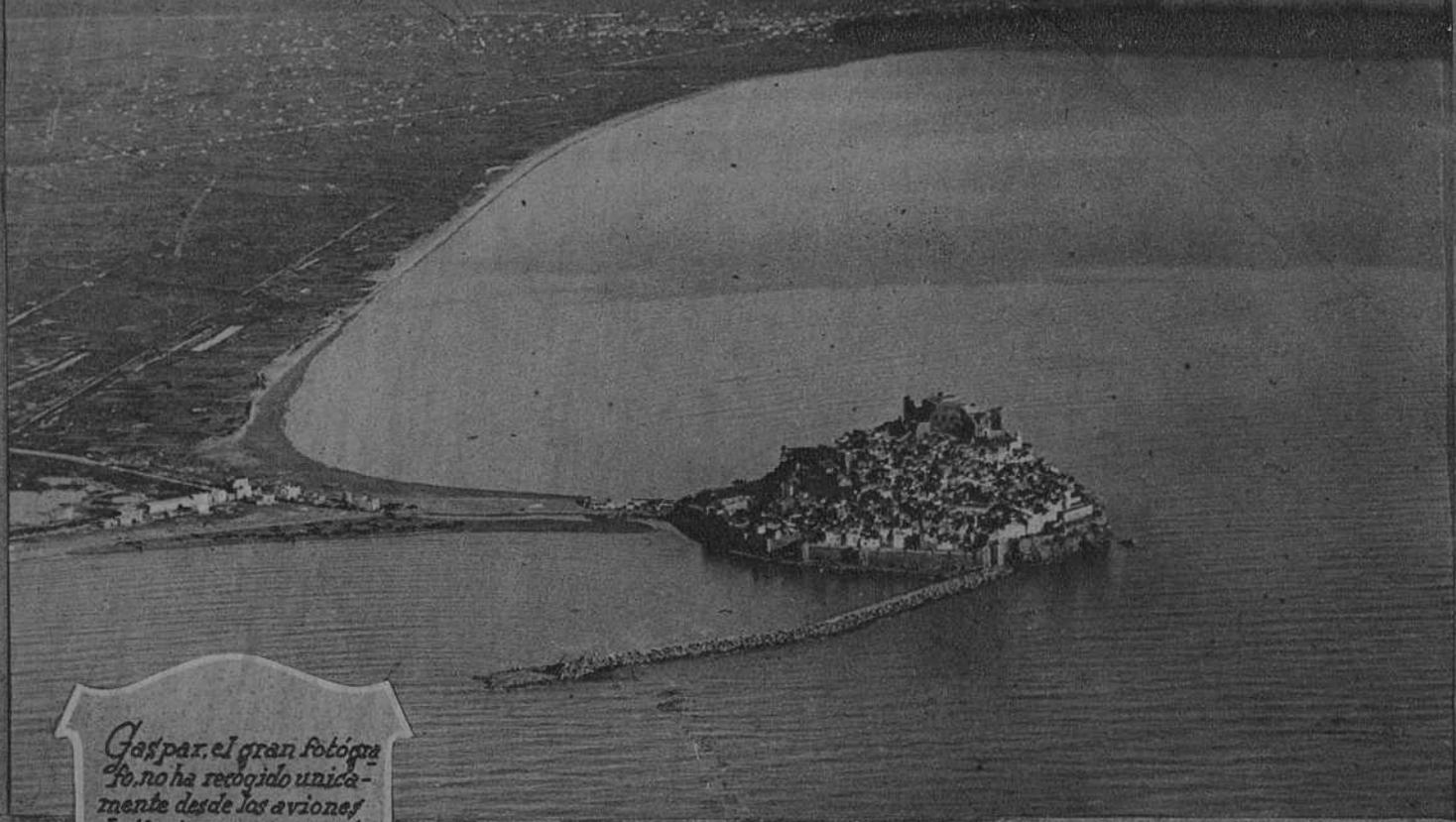


Nuestro gran parque, es el de Montjuich, pero la ciudad posee otros pequeños parques, que como el del Guinardó, sirven para recreos infantiles, y reposo para todos los que buscan un rincón sin trepidaciones ciudadanas.



SAN IGNACIO DE LOYOLA
~ CUADRO DE SANCHEZ COELLO ~

*Peñiscola, la ciudad
del anti-papa Luna.*



Gaspar, el gran fotógrafo, no ha recogido únicamente desde las aviones. La cámara, nuestras ciudades y nuestras costas. Llegando a las playas de Castellón, ha hecho estas maravillosas fotografías de Peñiscola, la ciudad a donde se refugió el anti-papa Luna con sus cardenales y donde murió en 1423.



SOFIITA

LA ESTUDIANTE

(NOVELA CORTA)

por IGNACIO CARRAL

Aquello no la sentaba bien indudablemente. Era una sala demasiado grande para ella; a ella le gustaban las salas recogiditas, llenas de intimidad, de cacharritos, de hibelots y de lámparas de enchufe con pantallas de cretona...

Y aquella sala, aquella enorme sala, aquella sala inmensa, en la que había centenares de personas, ante las hileras interminables de pupitres, no tenía más que... ¡libros! Muchos libros, infinitos libros, estanterías de cinco metros atiborradas de libros, estúpidamente alineados sobre las tablas, mostrándo impudicamente las titulares de sus lomos: libros de arte, libros de literatura, libros de ciencia... ¡hasta libros de bibliografía! esto es, libros que trataban de los libros, ¡y hasta bibliografías de bibliografías! o sea libros que hablaban de los libros que tratan de los libros.

Y por todo remanso para la mirada, en el centro a manera de gran catafalco, un enorme estante lleno de diccionarios abultados algunos despatarrados, derrengados por su propio peso, como burgueses panzudos después de comer.

¡Que susto, Dios mío, el día que entró allí! ¿Podía ella sospechar que existiera un lugar semejante, en el que había mil veces mil más libros que los que ella había sospechado nunca que hubiera en el mundo?

•••

La tranquila Universidad provinciana la había engañado. En ella había llegado in-

cluso a no darse cuenta de su desgracia teniendo que estudiar. Había llegado incluso a quitar importancia a aquel momento, cuando su padre un buen día, en la sobremesa —tenía ella entonces once años—le había dicho:

—¡Hija mía, ya tienes edad para darte cuenta de las cosas! Yo vivo al día del producto de mi trabajo, y cuando yo cierre el ojo tu madre y tú quedaréis entregadas a vosotras mismas a tener que ganáros el pan por vuestras propias manos.

La madre que escuchaba el discurso de su marido, repantigada en la silla, lanzó un profundo suspiro y dijo:

—¿Por qué piensas ahora en esas cosas horribles?

—En todo hay que pensar, hija mía—continuó el marido—Antiguamente, en nuestros tiempos—dijo, volviéndose hacia su consorte—las mujeres solían casarse a pocos encantos y a poca habilidad que tuvieran. Yo no sé si es que, como dicen, la vida estaba más fácil, o es que nosotros, los hombres, eramos más infelices.

La consorte le miró de un modo extraño, en el que había su poco de agresividad y su poco de ironía.

—El caso es que los hombres no se deciden ya más que en circunstancias excepcionales de prosperidad económica a cargar con una mujer.

—¡Cargar! ¡Que palabra—rezangó la madre un poco amoscada.

—De modo que tú—declaró al fin dirigiéndose a su hija—ya lo sabes. No te fies

de tus encantos físicos, porque hoy ya, en el terreno de la legalidad del que tú por tu honradez familiar no debes salirte, los encantos femeninos se cotizan a muy bajo precio y a veces ni siquiera son cotizables. Creo pues, que deberías forjarte una posición independiente. En estos tiempos todos los puestos, que antes sólo eran aseguibles a los hombres, son aseguibles también a las mujeres. Tu maestro me ha dicho que tienes grandes condiciones para el estudio. ¿Por qué no haces el grado de Bachiller? Luego, puedes seguir alguna carrera, por ejemplo la de Filosofía y Letras, que es muy a propósito para señoritas.

(¿Por qué razón—se permite interrumpir aquí el autor—la Filosofía y las Letras le parecieron a este buen señor y les parece indudablemente a muchas gentes, a juzgar por la gran cantidad de ellas que cursan estas ramas del saber, muy a propósito para señoritas al igual que las plazas de camareras o dependientes de sedería?)

Sofiita aceptó la proposición paterna. ¡Era demasiado pequeña para comprender todo lo espantoso de la resolución que adoptaba! Sin embargo, diremos, en favor de su agudeza femenina, que, por intuición, experimentó un ligero escalofrío al resolverse.

Pero en suma, no lo pasó mal en sus estudios. Las exigencias, en el Instituto, primero, y en la Universidad después no, eran excesivas: se reducían a aprenderse, a veces muy someramente, dos o tres libritos al año, y asunto concluido. Verdad es que a ella le parecía todo eso un poco tonto,

entre otras cosas porque no comprendía una palabra de lo que decían sus páginas.

¡También pasó sus malos ratos, también! La molestaba un poco que los profesores— ¡hombres al fin!—no tuvieran para ella a veces la galantería a que ella creía tener derecho, por su condición femenina, y, sobre todo, que la dirigieran a lo mejor preguntas impertinentes, como aquella que un día la dirigió el profesor de Psicología, cuando la dijo de buenas a primeras:

—¿Qué es el alma, señorita Fresneda? ¿Jesús que tontería! ¡Y cómo ella iba a saber aquellas cosas? Sobre todo la molestaba que los profesores jóvenes la trataran con un cierto tono de superioridad.

Porque poco a poco, a medida que avanzaba en los cursos escolares, y por tanto en edad y en desarrollo, se habían ido torneando sus piernas, se había ido abombando su blusa y aquella mirada azul, muy dulce, que ella había tenido siempre, adquiría paulatinamente no sé qué de malicioso.

Pero en suma ninguna relación había tenido con sus compañeros más allá de los recintos académicos. Y en cuanto a fuera de ellos se comprende que una señorita honesta, hija de honesta familia, iba de su casa a clase y de clase a su casa, y cuando fuera de esto, salía a la calle lo hacía bajo la custodia de su madre y ante la censura, pronta a despertar siempre, de una ciudad de cuarenta mil almas.

Su madre la llevaba alguna que otra vez a los bailes y a las reuniones de sociedad: no había perdido aún la esperanza de redimir a su hija de la esclavitud del estudio. Hasta dos veces, algún muchacho se había decidido a cortejarla. Pero una fué un muchacho que a los veintiseis años aún no había logrado aprobar el cuarto curso de leyes; y naturalmente, su madre dictaminó, en vista de que no había un porvenir por delante, en sentido negativo. La otra vez, fué uno que reunía todas las condiciones: era de buena familia y abogado del Estado; pero en cuanto hablaron de formalizar el asunto, se escabulló bonitamente.

Así pues, cuando hubo realizado la Licenciatura y agotado todas las probabilidades de liberarse, comprendió que no había más remedio que seguir el camino emprendido. ¡Había que doctorarse y, por tanto, que ir a Madrid!

Se escribió a un hermano del padre que vivía en la Corte, y a su casa fué enviada Sofiita.

Hasta entonces no comprendió la magnitud de su desgracia en la vida. Los profesores aquellos, como cortesanos, necesitaban más aparato que los de provincia; no recomendaban un libro para que se le

aprendiesen a fin de curso, sino muchos libros, para que les consultasen y estrujasen todos los días y pudieran de ese modo seguir sus doctas conferencias.

Al principio sintió una desorientación muy grande porque veía la imposibilidad material de tener tantos y tan variados libros. ¡Gracias a que la orientaron hacia aquella gran biblioteca en la que encontraría todos los libros que necesitara y muchos más de propina.

*
*
*

¡Y allí, en aquella sala inmensa con los estantes hasta el techo repletos de libros, con sus pupitres alineados y su gran catafalco de diccionarios en el centro, pasaba la pobre Sofia sus tardes madrileñas, que ella hubiera deseado pasar de muy diversa manera y en sitios nada análogos a éste!

Pero las tenía que pasar allí, ante sus libros en montón desgastándose la mirada clara de sus ojos azules sobre aquellas páginas, muchas ya amarillentas; encorvando su silueta fina, esbelta, erguida de ordinario sobre el pupitre, como el forzado se inclinaba sobre los remos de la galera; manchándose de tinta las manos blancas con lamentable frecuencia... ¡Una guedeja rubia, graciosamente ondulada, desprendida de su dorada melena, la caía perpendicularmente a las cuartillas sobre las que tomaba apuntes y más apuntes!

Había en aquella gran sala muchas víctimas más. Había mujeres finas y delicadas como ella, condenadas, como ella, a la tortura de comer letra impresa y evacuar garabatos de lápiz sobre inmaculadas cuartillas. Pero abundaban los hombres naturalmente. Eran los más. Habían jovencitos adolescentes acodados sobre un libro, que alzaban de vez en cuando la vista de él, para repetir mentalmente, con los ojos cerrados, lo que acababan de aprender. Había jóvenes, ya más entrados, que se dedicaban a aspirar a la Judicatura o a los Registros, y estudiaban numerosos apuntes escritos a máquina, y consultaban códigos y más códigos. Había profesores que hacían con aire de suficiencia y con gran aparato de libros la preparación de la clase del día siguiente. Había vejetes que consultaban con una lupa, los grabados de extraños libros y tomaban con pulso temblón unos apuntes misteriosos. Y había por fin quien plácidamente arrellanado en un sillón, leía provocativamente una entretenida novela, con aire satisfecho, despertando la envidia de todos.

¿Pero por qué la extrañó más que ninguno, desde el primer día, que entró allí, aquel muchacho tan pálido con aquellas enormes gafas de concha? ¿Se notaba en su

rostro una palidez tan dulce, un cansancio tan melancólico! ¡Qué pena sentía por él, cuando le veía trabajar ante sus montones de volúmenes, indiferente a cuanto pasaba a su alrededor! ¿Quién era aquel muchacho?

—¿Qué horrenda tragedia era la suya en que angustiada situación se encontraba su vida, para tener que sentarse allí a las dos de la tarde y levantarse a las nueve de la noche, encerrando en su gigantesca carpeta negra, de acerados broches, montones de cuartillas y de sobres, en los que había metido previamente cuartillas partidas por la mitad con notas y signos? Desde el primer día que había entrado allí, Sofiita le observaba llena de curiosidad y acaso de algo más, que atendiendo al riguroso orden cronológico de la narración no nos atrevemos a consignar todavía. ¡Pobre muchacho! ¡Sin duda le urgía resolver el problema de su vida ganando alguna oposición para la que se preparaba tan tenazmente!

¿La había visto él? ¿Se había fijado en su persona? Podía asegurarse que no. Jamás levantaba la cabeza de sus ocupaciones. Podía haberse hundido la sala entera sin que él se hubiera enterado, a no ser que le hubiese caído una viga encima. Cuando al cerrar la biblioteca se hacía sonar con estrépito todo un sistema de timbres, él seguía como si tal cosa, y había de avisarle siempre un mozo, sacudiéndole con una sonrisa, de que había llegado la hora de marcharse.

¿Qué fué lo que sucedió aquel día? Se había sentado ella en el pupitre de enfrente. Estaban los dos pupitres en suave declive, cada uno hacia una parte, unidos en la parte de arriba por una tabla horizontal de un decímetro de anchura. Sobre esta tabla, tenía él colocados sus libros, de pie, al modo que en las estanterías, sostenido el primero por el brazo de la lámpara que se empotraba en la madera. Un tabique de libros que cubría todo lo ancho del pupitre les separaba pues.

Ella, estaba contemplando, muy asustada, toda aquella ringlera de volúmenes.

De pronto uno de ellos, bastante grueso, se fué hacia la parte de allá, y por el boquete que dejó, aparecieron a través de las gafas de concha, los ojos profundos y tristes del estudiante contumaz. Aquellos dos ojos se quedaron mirándola un rato como estupefactos. Ella, se quedó también, mirándoles con su mirada dulce y azul.

Fué un momento nada más porque los libros faltos de apoyo cayeron sobre los otros y la brecha se cerró. Pero Sofia pudo observar como poco después las gafas se elevaban tímidamente como dos lunas que se levantara al tiempo tras un monte, por

encima del tabique de encuadernación.

Otros muchos días estuvieron sentados frente a frente, siempre separados por aquella barrera infranqueable a la vista. Bueno, eso de infranqueable... ¡según!... porque desde aquel día, y cada día con más frecuencia, las brechas menudeaban en el tabique como si una batería sostuviese un fuego graneado sobre él.

Las gafas y los ojos profundos y tristes asomaban de continuo por aquéllas, y sus miradas se cruzaban con la mirada dulce y azul, que brotaba a ambos lados de la colgante guedeja dorada.

Mucho tiempo transcurrió así. Hasta que un día salieron juntos de la biblioteca. Dió la casualidad de que salieron juntos. Dió la casualidad de que él se levantó cuando ella se levantaba y de que salió cuando ella salía. ¡Pura casualidad! Y pura casualidad el que a ella se le cayera un cuaderno que llevaba en la mano, y que él se agachara a recogerle. Y ella le dió las gracias, no ya por casualidad, sino por cortesía. Y por cortesía él, la contestó que no había de qué darlas. Y ella le sonrió con una sonrisa graciosa, en la que había su poquito de picardía. Y él la miró melancólicamente con sus ojos profundos y tristes a través de sus grandes gafas de concha. Y así haciéndose cumplidos y dirigiéndose sonrisas, a lo tonto, a lo tonto, se encontraron caminando juntos por la calle y hablando de... cosas.

Al día siguiente, él se retrasó un poco. Cuando llegó ya estaba ella allí. Se saludaron. Ella le dijo,—indicándole la silla de al lado—que había inclinado sobre el pupitre correspondiente para indicar que estaba ocupada:

—Le he reservado esta silla, porque como tardaba, temí que fuera a quedarse sin sitio para estudiar.

Como él era un más que poco corto de vista, no pudo ver que, en la vasta sala, había entonces apenas veinte personas y sobraban cerca de trescientos pupitres. Por eso dió las gracias a la muchacha, expresando su convencimiento de que, a no haber sido por ella, se hubiera quedado efectivamente sin poder estudiar aquella tarde. Y se sentó a su lado. Claro que, aunque no hubiera sido corto de vista, hubiese pasado lo mismo.

Un mozo le fué trayendo sus libros de costumbre, y algunos más exprofeso para aquella tarde. Ella le miraba de reojo colocar los libros sobre la tabla del pupitre, abrir la carpeta y empezar a sacar sobres y más sobres, apuntes y más apuntes.

—¡Trabaja usted demasiado! —le dijo al fin.

El esbozó una sonrisa y un gesto de pro-

testa que debían querer decir, seguramente:

—¡Oh, no vale la pena!

Y siguió trabajando.

Transcurrió un silencio durante el cual, él siguió preparando sus cosas y tomando alguna que otra nota de este y del otro libro. Ella seguía observándole de reojo y, al fin, volvió a la carga:

—¿Prepara usted acaso algunas oposiciones?

—No, señorita. Las oposiciones las gané hace ya dos años—contestó él sin mirarla.

¡Aquello era verdaderamente inaudito! ¡Haber ganado unas oposiciones, hacía dos años y seguir estudiando! ¿Que misterio era aquel que encerraba aquel hombre?

Pero antes de descifrar el misterio, Sofiita creyó del caso averiguar la clase de oposiciones que eran aquellas. Así es, que, suspendiendo por unos minutos su pristina curiosidad le interrogó ahora:

—¿Y qué oposiciones eran esas que usted ganó?

—Unas de cátedras. Una cátedra de Filosofía.

El estaba visiblemente embarazado y respondía tartamudeando, con los ojos bajos.

—¡De Filosofía! ¡Uy!

Transcurrió otro largo silencio. Le rompió ella naturalmente. Las mujeres son por naturaleza, enemigas del silencio.

—Y dígame. Si ha ganado usted ya unas oposiciones, ¿para qué estudia usted tanto? ¿Acaso es que prepara usted otras?

—No, no preparo ninguna ya. Estudio por gusto—contestó él atreviéndose ya a mirarle frente a frente.

—¿Por gusto? ¡Que gusto más raro! ¿Y que es lo que estudia usted, si no le molesta la pregunta?

—De ninguna manera. Usted lo puede saber perfectamente, porque usted...

Se le trabó la lengua al pobre profesor, enrojeció y se calló de pronto.

—¿Qué decía usted?

—Nada, que ahora estoy preparando un trabajo sobre Ética...

—¡Uy Ética! Eso lo estudié yo en el Instituto. —Que feo! ¡Que aburrido! Pero pensará usted ganar mucho dinero con ese trabajo ¿no?

—¡Ni un céntimo! Me costará dinero el imprimirlo y luego, la venta no me resarcirá de ello, ni la cuarta parte.

—¿Entonces para qué lo hace usted?

—A usted puedo decírselo porque usted y yo...

Acercó la silla a la de ella y la boca a su oído:

—Mire usted, yo estudio porque amo el estudio. Pero no es bastante el estudio para todo mi amor. Porque mi amor... ¡Si

usted supiera!... Hay veces que pienso que aún con el placer del estudio... esta soledad en que vivo...

—¿Le parece a usted que salgamos un momento al pasillo? Aquí estamos, quizá interrumpiendo a los que estudian...

El accedió, se levantó, inclinó su silla sobre el pupitre y empezó a andar hacia la puerta. Ella hizo lo mismo.

Cuando abandonaron sus sitios de la biblioteca, eran las cuatro de la tarde. A las ocho y media todavía las sillas seguían vacías, dulcemente reclinadas sobre el pupitre. ..

* * *

—Mira—le dijo ella un día que estaban, como todos desde aquel charlando en el pasillo de la biblioteca—no me dices nada, estás siempre pensando en esas cosas raras que tu estudias. Dime cosas...

—¿Pero y que quieres que te diga?

—¡Tú sabrás! Si no estuvieras siempre pensando en tus libretos se te ocurrirían cosas que decirme. Pero siempre estás pensando en ellos. ¡Te preocupan más que yo, se conoce!

—No mujer, no me preocupan más que tú. Me preocupan de una manera distinta que tú. Ellos de una manera y tú de otra.

—Sí, ya te entiendo. Yo para los ratos de ocio, como diversión.

—¡No, por Dios!

—Sí, sí. Soy muy desgraciada. No me quieres como yo a ti. Yo estoy dispuesta a todo por ti, a los mayores sacrificios, mientras que tú no puedes prescindir ni por un momento de tus estudios, para dedicarme unos minutos a mí.

—La prueba es que te los dedico. ¿No abandono el trabajo todos los días para dedicarte dos horas a ti?

—Sí; pero hora de repente te entrará la fiebre y te irás a estudiar como todos los días.

—Ya sabes que es tengo que terminar ese trabajo.

—¡Tienes! ¡Tienes! Nadie te obliga a ello. Nadie te corre. Si le terminas hoy como si le terminas dentro de dos años. Y si no le terminas nunca igual. ¿Por qué, hoy no nos vamos a dar un paseo? ¡Mira que hermosa noche está!

El profesor miró por la ventana abierta que ella le señalaba por la que se veía el limpio cielo de abril en el que comenzaban a guñar las estrellas.

—¡Si es que hoy quería terminar ese capítulo!...

—Le terminas mañana ¿Qué más dá?

—No, no puede ser.

—Ya lo estás viendo como me tienes pos-

tergada, como te doy igual. ¡Qué desgraciada soy Dios mío!

Y sacando el pañuelito de batista, se limpió con la punta una lágrima, pronta a caer.

¿A quién no conmueve una lágrima? El profesor de Ética, se planteó enseguida el problema en su conciencia moral, como era su obligación. ¿Hay derecho a hacer llorar a una mujer?. La respuesta de su conciencia fué negativa. No recordaba si la había leído en un libro de moral o la había oído cantar con música de zarzuela. De todos modos optó por acceder. Miró al cielo limpio, de abril en el que comenzaban a

parpadear las estrellas, entró a la biblioteca a recoger sus carpetas, dió un profundo suspiro y se fué con ella.

¡Al fin y al cabo aquella tarde de abril bien merecía la pena de perder una hora de trabajo!

Naturalmente al día siguiente, y al otro, y al otro y durante veinte días más, fué arbil también. Y después de abril, vino mayo, cuyas tardes nada tenían que envidiar a las de abril, y aún las superaban. Las notas y los manuscritos del famoso trabajo, dormían en el fondo de las carpetas.

Después de mayo, vino junio...

En junio se casaron. Fué un gran día.

Con motivo del casamiento Sofiita decidió examinarse. En septiembre su marido le preguntó:

—¿No vas a examinarte del doctorado?

Y ella abriendo mucho los ojos asustada de la pregunta le respondió:

—¿Ya, para qué?.

El profesor contempló con tristeza el dulce cielo otoñal en el que las estrellas guiñaban enigmáticas y puso la vista en el suelo durante un largo rato. No había vuelto a continuar el trabajo interrumpido ni a coger un libro. Había echado unos magníficos colores y casi estaba grueso.

(PROHIBIDA LA REPRODUCCION)

Noctámbulos y Madrugadores, Onomásticos que hay que felicitar y los baños de mar, amorosos y a hora fija

por RAFAEL MORAGAS

El tórrido verano, estación en la que, según Manolo Merino, hay que hacer uso de los abrigos con parquedad, divide en absoluto a los humanos respecto a la hora de abandonar el lecho. Desde el gran Santiago Rusiñol, que se levanta al rayar las cuatro de la tarde a Clemente Badía, inventor, que deja las sábanas en cuanto amanece, se dan todas las variaciones.

Nosotros, somos más que noctámbulos, lo que lógicamente, se puede calificar de «matinámbulos». Allá en nuestras mocedades asistimos una noche al estreno de la única obra teatral de Mossen Cinto Verdguer. Dió a conocer, la producción verdgueriana, la empresa fundadora del «Teatre Liric Catalá», en la que figuraban el artista Miguel Utrillo y el compositor Enrique Morera. La obra de Mossen Cinto se titulaba «L'Adoració dels Pastors» y en una de las escenas decía uno de los personajes:

«La nit, no s'ha fet per dormir com diuen, els dormidors mundans...»

Oímos, unos cuantos, esa poética afirmación y desde aquella fecha, hemos seguido lo de «la nit no s'ha fet per dormir», al pie de la letra.

Creemos que fué el inolvidable Antonio Altadill, madrugador empedernido, quien aclaraba el madrugón diciendo muy en serio, que se levantaba muy temprano para tener más tiempo de no hacer nada.

El malogrado Alejandro Soler Rovirosa, decía socarronamente, que en verano, toda persona bien educada, además de no abusar de frutas, ensaladas y sofocos mientras dura la fuerza de los calores, debía uno procurar evitar todo lo molesto, como por ejemplo, el levantarse antes de que en el campanario de la Catedral, cayeran las tres de la tarde.

El inclito Valdivieso, de quien en uno de nuestros extraordinarios, contamos la deliciosa aventura del billete de ferrocarril y el tío de la pipa, durante los meses del verano, jamás se desensabanó, antes de las cuatro de la tarde. Perico Valdivieso, se desayunaba en el «Lión d'Or», a la hora precisa en que comenzaba a atardecer.

Por cierto, que un día, al preguntarle el camarero, que es lo que quería, el señor Valdivieso, contestó éste, muy serio, lo siguiente:

—Quiero café con leche con media tostada. Pero oiga usted y fíjese. Me corta la media de arriba muy delgadita muy delgadita ¿sabe?... y me trae la de abajo.

El pasado mes de julio ha sido verdaderamente sofocante. Ha tenido treinta y un

días que nos han parecido sesenta y cuatro. Han sido unos días pesados y largos; tan largos como anchos. Afortunadamente, ya hemos entrado en Agosto que va a tener los mismos días que su antecesor. Por cierto que además de constar en el calendario santos como San Justo y Pastor, Román, Lorenzo, Eusebio, Hipólito, Mariano, Agustín, —onomástico de Agustín Quintas, —Ramón Nonato, según leemos, en el Santoral que tenemos ante nuestros cándidos ojos, celebrará Nuestra Santa Madre Iglesia, los siguientes santos: San Agabio, Eusino, Vutricio, Gangérico, Crispo, Epicteto, Geruncio, Hispacio, Cisclo, Carpóforo, Siagrio, Tarcisio y Pamaquio.

Como en las numerosas relaciones con que cuentan nuestros lectores, pueda haber el nombre de algún íntimo, que se llame así, no estará de más, que atentamente les recordemos, los nombres de los santos varones que del Santoral acabamos de copiar.

La otra mañana nos hallábamos en un acreditado balneario durmiendo a pierna suelta cuando unas vociferaciones súbitamente nos despertaron.

Echamos las vista al reloj y en la esfera vimos las ocho y media. Ante esa pequeñez, dimos media vuelta, tuvimos una caída de párpados, nos sentimos fieras para el descanso y nos adentramos en el ignoto mundo de los sueños, donde todo es nuevo. Ya lo leen, ustedes, de la esfera saltábamos al nuevo mundo.

Llevaríamos escasa media hora de dormir, cuando, horrísono ruido, nos despertó. A través de la puerta, llegaban voces agrias, fuertes y gráficas. El sueño nos abandonaba y del nuevo mundo al que nos había llevado la esfera, pasábamos al mundo gráfico.

Saltamos de la cama, dimos media vuelta a la cerradura y con la puerta entreabierto, procuramos oír. De pronto, un íntimo nuestro, nos pide amparo y cobijo en nuestro cuarto

—¿Qué pasa?

—Algo enorme y pintoresco, por ello, tomo por asalto, tu habitación,—nos dice.

El amigo penetra por las fauces. A las puertas desde que veraneamos, las llamamos así. A las puertas y más si son de hoteles, hay que llamarlas por sus nombres. El amigo y yo,—esto parece un artículo de Ramiro de Maeztu,—cubrimos nuestras desnudeces, con unos listados pijamas que a simple vista, nos dan un aspecto de caseta de baños.

—Bueno, ¿qué ha sucedido?—inquirimos.

—Algo insólito que como se descubra,—nos va diciendo,—termino el veraneo en una clínica.

—Pero...

—Atiende, silencéa y recapacita.

—Soy un nicho.

—Dame un pitillo. Oye. Tú sabes que a mí lo que más me molesta en el planeta es que me despierten de golpe y porrazo. Hasta el presente momento he esquivado el golpe. Ahora voy a procurar evitar el porrazo. Anoche tú te acordarás, estuvimos hasta las tres, yo dándole con aquellos al «mah jonk» y tú, ya sabes...

—Sí, haciendo el ganso.

—Dejémoslo en cisne, si te parece.

—De acuerdo.

—Pues bien. Yo, tenía hoy el pensamiento de levantarme a las nueve y media. Supongo que perdonarás esta falta de formalidad que tan poco se aviene con la seriedad de mis costumbres. ¡Yo, en pie, a las nueve y media! Asómbrate.

—No te conozco.

—Causa. El amor.

—¡Ah, sinvergüenza!

—Debía verla en la playa en calidad de percebe. Hazte cargo. A las diez la hora del baño. Debía pasar, era imprescindible por el perjuicio de levantarme.

—Sí, sí... Baños y perjuicios.

—Adelante. Mi deseo, era levantarme, pero no de sopetón. ¿Qué hice? Vas a saberlo. Mi cuarto, es el número 32. Con el yeso, antes de acostarme, dejé escrito, en la pizarra del hotel: «Llámenme sin falta a las nueve y media» Te consta que soy previsora, en todas mis actuaciones. Me fijé, en la hora que había puesto en la susodicha pizarra, el huésped del cuarto, número 31 o sea, el de al lado de mi habitación. ¡Horrorízate! Decía: «A las siete de la mañana». La cosa estaba bien clara; me iban a despertar. Nada, nada, borré lo de las siete y puse «a las ocho y media».

—Para matarte.

—Así será, si me descubres. Ten en cuenta, que el señor que puso a las siete, debía tomar el tren de las siete cuarenta y cinco y gracias a mi variación de horario, lo ha perdido.

—Eres atroz.

—Continúa. Ya habrás oído, los gritos. Mas eso no para aquí. Al otro lado de mi cuarto se halla el número 30. El huésped de esta habitación, dejó escrito en la pizarra que le llamaran «a las ocho en punto». Como al anterior, le borré la hora, y en su lugar, escribí, «a las nueve en punto». Otro que pierde el tren y que se dá a los diablos. Con los mencionados escándalos que ambos huéspedes han armado, yo, tranquilamente, me he ido despertando y... aquí me tienes, en pie, dispuesto a arreglarme y a ir a ver a mi novia a la playa. Dame otro pitillo y hasta luego.

Y muy satisfecho, desapareció de mi cuarto, el bañista amigo.

SAN IGNACIO DE LOYOLA

EN MANRESA

por MACARIO GOLFERICHS

El Santo guipuzcoano fué verdaderamente providencial en su agitada época de luchas religiosas en Europa. El cristianismo no pudo arrancar el modo de ser pagano de Italia y la grandeza del caído imperio romano y el orgullo cesáreo, mostraban las hondas raíces que habían arraigado en el suelo itálico y frente la sencillez y ascético espíritu cristiano del Serafín de Asís levántase el espíritu humanista, infla su orgullo y cristaliza en Dante tipo del humanismo de su época, y Petrarca con sus Triunfos avivan el orgullo de Roma, Boccaccio con sus sensuales prosas permite a los intelectuales de su época, desechase el italiano por el latín y aún los refinados dejan éste por el griego y adoptan la vida clásica con todo su degradado lujo. Alejandro VI ambiciona para su sacrilego hijo resucitar el imperio romano y la sinónia suple las dispendiosas larguezas de Roma, enviando Droz al apocalíptico Fray Gerónimo Savonarola de Ferrara, el monje dominico del convento de San Marcos, quien anatemiza el lujo y quiere dar la batalla al Renacimiento-Pagano, pero es vencido, perseguido por hereje, ahorcado y aventadas sus cenizas en la plaza de la Señoría de Florencia que cae bajo el yugo de los Medicis. Entonces surge la heregía del agustino Martín Lutero, que preséntase falsamente como reformador y separa media Europa de la obediencia católica.

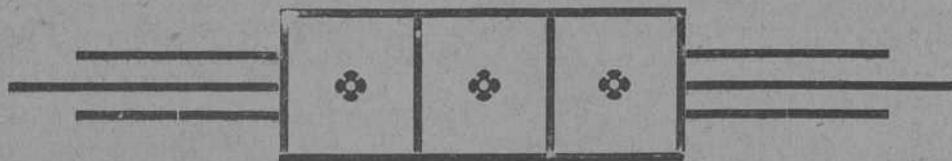
Un segundon de una modesta casa solariega del valle de Azpeitia, en Guipuzcoa, entra al servicio de las armas en las compañías del Duque de Nájera gobernador de Navarra, cuyo reino hacía pocos años había aunido a Castilla el rey don Fernando el Católico disputándola a Francia. Las guerras entre Carlos I de España y Francisco I de

Francia por la posesión de la Lombardía, y el despecho de no haber sido elegido el francés Emperador del Sacro Imperio, hicieron que un ejército francés compuesto casi todo de gascones y berneses penetrara en Navarra y no contando el de Nájera con fuerzas suficientes abandonó Pamplona, dejando sólo una pequeñísima guarnición para no entregar sin defensa la plaza, la cual fué sitiada, batida y en una de las puertas herido en ambas piernas el joven segundon guipuzcoano Iñigo Yañez de Loyola el cual, piadosamente recogido, fué transportado a su solariega casa para curar de sus heridas. Allí leyó por estar en romance, el libro de la «Vita Christi» y «Floz Santorum» que compuso Fray Pedro de la Vega, y a su lectura trocóse su corazón de mozo y determinó no servir a otro Señor que a Cristo. Curado de la herida, aunque cojo, visitó a la Virgen de Aranzazu despidióse de su antiguo capitán el Duque de Nájera y a caballo fué peregrino al Santuario de Montserrat. Al pasar por Igualada, donde tuerce el camino, compró un hábito de «sergil», o sea paño burdo, atólo a la silla del caballo y encaminóse al Monasterio. Allí, confesó sus culpas, de la pasada vida de soldado, despojóse de sus vestiduras de caballero, colgó su espada en la reja del altar de la Virgen, y vestido ya con aquella túnica a modo de saco, hizo la caballeresca vela de armas y para no ser conocido fuese a Manresa esperando que Dios le inspiraría en qué pudiera servirle, albergándose en el hospital de Santa Lucía cerca del llamado «Salt dels Gosos».

Considérese por un momento que esto sucede en 1522. La catalana Manresa, poco podrá comprender el castellano que hablase el vasco Iñigo, y éste entregóse a peniten-

cias, e iba por la ciudad pidiendo limosna y enseñando doctrina. Tomándolo por un loco, lo apedreaban los chiquillos, pero su devoción, su paciencia admira a los manresanos y al arrodillarse para rezar en la «Cruz d'en Tort» se arrodillan también unas mujeres y entonces comprendiendo el peligro del piadoso orgullo, retírase a una cueva junto al río y lejos del poblado, y allí fortifica más y más su espíritu y pide a Dios le indique el camino a seguir, pues él está dispuesto a todo. Escaso en letras, pues él ignora el latín, no ha tenido más profesor que las armas, pero todo lo espera de Dios y dice él mismo, que yendo por un sendero junto al río Cardoner, tuvo la clarividencia de que tenía que hacer una compañía cuyo capitán era Cristo, que no tuviese hábito ni rezo en común, ni orden tercera, ni congregación de mujeres, dispersos por todas las Universidades enseñando desde las cátedras, haciendo adeptos entre los estudiantes y clérigos, es decir, una verdadera compañía en orden de batalla, tal cual la concibe un soldado. Pero sus armas no podían ser la espada que colgó en Montserrat, y viéndose pobre en la ciencia humana, vino a nuestra ciudad de Barcelona y aquí aprendió el latín, y de aquí sacó el espíritu de sacrificio, y tan agradecido quedó a nuestra ciudad que, durante su vida manifestólo siempre, y decía que le estaba más obligado que todos.

Imposible detallar los sacrificios, persecuciones, cárceles, calumnias que sufrió Iñigo Yañez, o sea San Ignacio de Loyola, pero el que fué escaso en humanidades, fué el que impidió que la Reforma invadiera toda Europa.



ESTO SE PONE CADA VEZ MAS DIFICIL

por JUAN CARRANZA

Estamos verdaderamente alarmados. Esto se pone cada vez más difícil.

Esto es la vida. Lo decimos así porque en estos momentos no contamos con una figura más literaria. Bastante lo sentimos, pues no ignoramos lo que ello representa en esta época de superación de los individuos en sus respectivas profesiones. Nosotros quisiéramos ponernos a tono con la presente época y que en esta ocasión acudiese a los puntos de nuestra pluma, un inspirado párrafo que fuese como un compendio admirable de lo que es la vida. No ocurre así, y nos sentimos más anonadados. ¿Ve el lector como no hemos exagerado al decir al principio de estas líneas que estamos verdaderamente alarmados?. Antes el escritor hacía un excelente papel con cuatro frases hechas, aderezadas con un latinajo o con un párrafo de la lengua de Molière. Ahora con las frases hechas, los latinajos y los vocablos franceses no se «epata» a nadie, absolutamente a nadie. La gente rechaza las frases hechas con la misma audacia que rechaza los trajes hechos. De los latinajos no quiere saber nada, y cuando vé que un escritor salpica su prosa con vocablos del otro lado de los Pirineos, lo menos que piensa de él, es que se trata de un pobre hombre. Ahora el escritor si quiere «epatar» demostrando el escritor si quiere epatar demostrando que conoce idiomas, ha de recurrir al mongol o al vasco.

La vida no se muestra sólo difícil para el escritor. Se muestra para todo el mundo. Antes un dependiente de mostrador de tienda de tejidos, podía pasar como tal, con sólo tener nociones del satén, del raso, de la cretona y de la percalina. Ahora, saber

eso, es como ignorarlo todo. El dependiente, ha de saber lo que es el tejido Kasha, el Kashaoide, el crepella, el reps, el chantung y las telas lamés. Si quiere pasar como dependiente, ha de conocer toda la colección de telas que ha conseguido reunir el genio frívolo de Rodier.

Los grandes cantantes si quieren hacerse aplaudir, no se han de limitar solamente como antes a llegar a las tres octavas. A más de esto, tienen que hacer unas filigranas al emitir los sonidos que se forman en las cuerdas vocales. Si no hay filigranas, no hay aplausos.

Hasta los timadores se han visto obligados a superarse en su trabajo. Antes un timador se ganaba la vida poniendo en práctica el inocente timo de las misas. Ahora, no, pues por cada persona que se deja timar por el procedimiento de las misas, cien se llaman a engaño y hacen fracasar al timador. Este ha tenido que dejar de usar dicho timo para poder continuar su profesión. Para sustituir al de las misas, ha creado otros, que a más del ingenio que revelan, encierran una novedad. Estos timos, son una mezcla de timo y de robo. Dos de estas facetas, de superación en el trabajo de los timadores han sido reflejadas estos días en las columnas de la Prensa. Aludimos al caso de esa sirvienta que yendo por el mercado del «Ninot» se vió abordada por una señora que la expresó tenía que darle una mala noticia. La inocente muchacha aturdida abandonó el mercado con la señora y al pasar frente a un puesto de ropas confeccionadas, le instó la señora para que se comprase una bata negra. Siguió el consejo la sirvienta y para probarse la bata, de-

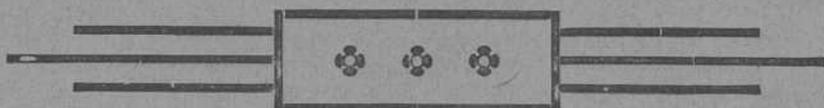
jó encima del mostrador el monedero, del que se apoderó la señora, dándose después a la fuga.

Del otro hecho, también mitad robo, mitad timo, resultó víctima una mujer que tenía a su marido navegando a bordo de un vapor, en el que desempeñaba la plaza de cocinero. Una mañana, al salir aquella de su domicilio, se le acercaron dos desconocidos y fingiendo haber desembarcado del buque en que iba su marido le dijeron que éste les había encargado que hiciesen a su mujer una visita para expresarle que estaba bien de salud. La confiada mujer les invitó a subir a su domicilio y deseando corresponder a la visita les dejó solos en la casa, mientras ella fué a una tienda a comprar un poco de vino dulce y unas pastas con que obsequiarles. Cuando regresó con el obsequio, se encontró con que aquéllos habían desaparecido, después de robarle, durante su ausencia, 1500 pesetas.

Así es, que quedamos en que estamos viviendo unos momentos de superación de los individuos en sus respectivas profesiones. No nos place que los timadores también participen de esta superación. Hubiésemos preferido que al darse cuenta de que con el timo de las misas ya no podían trabajar, hubiesen dejado su profesión. Con la superación que han puesto para poder continuar su «trabajo» hubiesen podido abrazar otra profesión. Por ejemplo, la de actor, para la que han demostrado excelentes condiciones al llevar a cabo las dos fechorías relatadas. Créanos los señores timadores.

Déjense de timar y métanse a cómicos.

Talia les espera con los brazos abiertos.



Semblanza de otro pueblo

por LUIS BELLO

Digo «semblanza de otro pueblo» porque no pienso dar el nombre, con lo cual, sigo un gran tradición literaria. Si Cervantes, no quiso acordarse del nombre de aquel lugar manchego, sus razones tuvo; y yo también. Sólo diré que no están muy lejos uno y otro, aunque el mío cae más cerca de Madrid, hacia esa parte de la Sagra toledana, que ahora, en pleno Julio, estará ardiendo como un tostón.

Al pasar, en el tren, seguramente habréis visto la torre, los surcos y la era, donde los mozos aventan la paja que brota de sus bieldos, como una llamarada, como un motor de explosiones de oro. Esta vez, yo no podía detenerme en el lugar, pero ha subido al tren el maestro, y ya supondréis que el maestro de ese pueblo es amigo mío.

—¿Qué tal?—le pregunto.

—¡Como siempre! Esto no cambia. Ahora, en vacaciones, mientras yo falte, se quedan a sus anchas, también antes. Los chicos pueden ir a la trilla; pero en realidad, también antes. Siempre hacen lo que les da la gana. Hay que dejarles, con tal de que vengan cuando ellos quieran; aunque sea una hora. Es lo que digo: ¡del lobo un pelo! Les utilizan desde pequeños, por lo menos para ir a los recados. Van muy tarde. A las nueve no hay nadie en la escuela; sólo yo, que en este pueblo,—créame usted—soy poco menos que nadie. Pero a las once es costumbre dejarlos salir para llevar la comida a los trabajadores. Por no ir ellos, les dan 10 céntimos a cada chico. No va usted a quitarles la comida a los trabajadores del campo ni los 10 céntimos a los chicos, que se los ganan bastante bien, porque el término es muy grande y a veces las tierras están donde Cristo dió las tres voces. Y a las tres no puede usted contar todavía con ninguno. A las tres y media, empiezan a venir. Le parecerá a usted que estos son

detalles sin importancia; pero a nosotros nos desmoraliza llegar a comprender que, un pueblo puede prescindir perfectamente del maestro y de la escuela sin que proteste un sólo vecino. Pero, en fin. Son labriegos; hay que disculparles.

—Dentro de mi credo, precisamente por ser labradores, debieran educarse más. Si no han de seguir otros estudios, necesitan más que otros ciudadanos las primeras letras.

—Si, señor; son labradores, jornaleros del campo y carreteros. Los mejores carreteros de España. Alguna vez habrá usted visto atascado un carro de seis y ocho mulas a la entrada de la calle de Toledo. Se forma el corro de papanatas que no ayudan. Los carreteros juran. Vienen otros, enganchan seis caballerías más; ¡nada! y cuando más revuelo hay en la cuesta, llega un carro de este pueblo, cargado, como usted sabe, de paja hasta por encima de los varales. Con la mula de varas, nada más y sin el látigo, los he visto yo sacar la rueda del atasco. Porque es lo que ellos dicen: «¡No es cuestión de caballerías, sino de hombres!» Si les oigo razonar, me parece que allá se van; pero no hay que negarles su talento de carreteros.

—Entonces, ese talento será el que cultivan.

—Si, señor. Alguna vez yendo por el pueblo con el padre de algún muchacho, un mequetrefe que no levanta un metro del suelo, le hemos oído lanzar los juramentos y las palabrotas más tremendas. Y el padre ¡tan tranquilo! «¿Pero, cómo consiente usted eso?» le he dicho. Y oiga usted la respuesta: «Déjele, señor maestro: si es que tiene que acostumbrarse «pá» cuando vaya con el carro».

—Eso es lo que les interesa. Tienen un sentido materialista de la vida.

—Sin duda, piensan así: «para tener mu-

chas pesetas, no hace falta saber leer». Y no crea usted. Además tienen su amor propio. A mí, se me presentó en la escuela el padre de un muchacho, dispuesto a darme una lección. «Me ha dicho el chico que no le deja usted decir «haiga» y «trujimos». Toa la vía se ha dicho haiga y trujimos. Yo le llevo la paja al conde de tal y siempre me ha tratado como un amigo diciendo «haiga». Ni siquiera en lo suyo admiten indicaciones de nadie porque son soberbios. ¿Cuánto tiempo creerá usted que han tardado en usar arados de vertedera? Pues el primero de este pueblo llegó hace cuatro años. Yo les estuve predicando no sé cuántos años para que trajeran abonos químicos. No me hacían caso. Discutíamos, y uno de ellos me dijo: «Desengañese usted don Paulino: la química será buena pa teñirse el pelo». Y otro: «En eso no creen más que los boticarios y los borricos». Pero el mismo que hablaba así, hizo un viaje a Madrid y encargó unos sacos de abono para las patatas. Yo lo supe por el jefe de estación. Cuando llegó el día de arrancarlas, me planté en el sembrado y le dije: «Las de este lado, son las del abono químico. Dan doble que las otras. No has sido borrico más que a medias». El condenado se calló, como buen cazurro, pero este año lleva abonos químicos todo el que puede. Gente trabajadora, eso sí; madrugadores, sobrios y fuertes. Antes se mataban unos a otros por cualquier interés. Hoy se han dulcificado las costumbres. Tienen en el pueblo dos salones, uno el de los ricos, otro el de los pobres. Pero éstos son más, y no crea usted que no saben defenderse. Cuando llega al pueblo una compañía de cómicos, se la disputan con intrigas e insultos. Antes hubiera sido a puñaladas. Porque no crea usted; digan lo que quieran, el mundo marcha, hasta en la Sagra toledana.

